

La mujer en el Ministerio

*Un documento sobre la perspectiva bíblica y pastoral, adoptado por el Consejo de Obispos de la Iglesia Internacional de Santidad Pentecostal
Julio 24, 2015*

Introducción

Desde sus inicios hace más de 100 años, la Iglesia Internacional de Santidad Pentecostal (IPHC) ha otorgado licencias y ordenado a mujeres para el ministerio en sus iglesias, incluyendo al grupo pastoral, así como también para el liderazgo dentro de sus conferencias y cargos en la denominación. En septiembre de 1996, la IPHC convocó una Asamblea Solemne para tratar siete pecados específicos del pasado de la iglesia. Uno de esos fue el *dominio masculino*, por lo que la iglesia se arrepintió de los patrones de resistencia frente a la mujer en el ministerio.

En su celebración del centenario en enero de 2011, la denominación adoptó un pacto que incluye las siguientes palabras:

“Nos comprometemos a vivir en la plenitud de la presencia y el poder del Espíritu Santo, continuando con el reconocer todos los dones, ministerios, y el fruto del Espíritu trabajando a través de cualquier hombre o mujer, joven o adulto, [cursiva añadida] para la edificación del cuerpo de Cristo y la gloria de Dios” (Joel 2:28, 29; Hechos 6:3; 1 Corintios 12:4-7; Efesios 3:19; 4:11-13; 5:18).¹

Fundamentos bíblicos y teológicos

La Trinidad

La discusión de la mujer en el ministerio empieza con la comprensión de la naturaleza de Dios revelada en La Escritura. Sin sentido de dominio o señorío, está presente en las interrelaciones de La Deidad. Cada una de las personas iguales de La Trinidad de Dios, que es uno e indivisible, en esencia, actúa por el amor ágape (1 Juan 4:8, 16). El término *ágape*, se define mejor como el amor que siempre, de manera desinteresada, hace lo que es mejor para el otro, sin condiciones previas... amor que caracteriza el corazón de Dios (Lucas 6:31).

En las interrelaciones de La Trinidad, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo sirven como una esencia en la armonía de la igualdad, envuelta en cintas de mutua sumisión. Esto sucede en toda la actividad divina. El término dominación, ejercer control a expensas del otro y en contra de su voluntad, ni siquiera está en el vocabulario de Dios. Es tal igualdad y unidad las que sientan las bases para nuestra discusión sobre el rol de la mujer en la iglesia. El ideal divino para toda relación, continúa su revelación en la historia bíblica de la creación.

La Creación

Porque Dios existe de igual manera en La Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en todas las funciones de cada persona de la Deidad, interviene para cumplir el rol basado en el mejor interés para con los demás (amor ágape). Esta unidad trinitaria es revelada en la declaración de Dios para sí mismo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...” (Énfasis adicionado, Génesis 1:26). Por lo tanto, hubiese sido inconsistente con el carácter propio de Dios crear a Eva como una persona mucho menos que Adán. Como ser espiritual, que conlleva imagen de Dios en su propia persona, al igual que Adán. Cada uno vivió en una relación personal con Dios y con los demás.

Génesis muestra que Dios creó al hombre y le dio la tarea de mantener su casa, el jardín del Edén. Durante el proceso de la creación, Dios se dio cuenta que el hombre estaba solo y no podría alcanzar la realización personal con los animales de la creación. Por lo tanto, creó a la mujer y se la presentó a Adán, quien la reconoció con deleite así “¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Génesis 2:23). Para Eva el hecho de haber sido creada de una de las costillas de Adán presupone que la esencia misma de la *mujer, su ADN*, yace en Adán, a la espera de brotar dentro de las bendiciones de la asociación y el compañerismo.

La designación dada a Eva como ayudante de Adán (*ezer*), sugiere que el apoyo viene de partes iguales, mas no por subordinación (Génesis 2:18). El vocablo hebreo, *ezer*, hace referencia a Dios, inclusive (1 Samuel 7:12, Salmo 121:1, 2). Sabemos que esto es cierto porque La Escritura aclara que la subordinación no existe en la relación de La Trinidad, y no hacía parte del primer matrimonio antes de la caída. En cambio, basado en el *amor ágape*, la sumisión mutua, de igual a igual, fue el ideal divino en el Edén.

Todo lo que Dios hizo fue conforme a su carácter y lo hizo “bien”. Ni Adán ni Eva tenían el concepto de pecado o de inferioridad antes de la caída. Se amaban de la misma manera (*ágape*), vivían en la inocencia, sin pecado alguno y servían en el jardín en mutua sumisión. Como hijos de Dios, eran a imagen y semejanza de Él, y como seres humanos eran “una sola carne”.

Los roles entre los semejantes de La Trinidad significaba que habrían funciones entre aquellos semejantes del primer matrimonio. Dicho entendimiento es revelado claramente en la procreación. Con Dios como el recurso principal de todo en la vida, Adán y Eva pasaron a ser coautores de la vida junto con Dios. Por lo tanto, una manifestación fundamental de tales roles entre los semejantes, se revela en el parto. Adán podía plantar la semilla de la vida, pero solamente Eva podría recibir la semilla de dar a luz a una criatura. De manera tal, que todas las funciones del matrimonio, van desde el corazón de Dios hacia el principio más básico de lo que realmente significa ser “una sola carne”. Cuando su primer hijo nació, Eva reconoció la voluntad de Dios en el parto. Ella dijo “Por voluntad de Jehová he adquirido un varón” (Génesis 4:1, RVR1995).

Adán y Eva, directamente, de manera individual, tuvieron que responderle a Dios a cerca del cuidado del jardín y por sus decisiones personales con respecto a la prohibición de Dios de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis 2:9). En sentido derivado, también tuvieron que responder a sus semejantes.

Concluimos que La Escritura enseña que antes que el pecado entrare al mundo, Adán y Eva disfrutaron por igual el uno con el otro en mutua sumisión, y caminaron en el *amor ágape*,

incluso a medida que alababan a Dios por vivir a su imagen y semejanza, sirvieron mutuamente los intereses de cada cual. En sus roles distintivos, se convirtieron en coautores de vida junto con Dios y cuidaron del jardín que en ese entonces era su hogar (Génesis 1:26-28; 2:23; 5:1-2; 1 Corintios 11:11-12; Gálatas 3:13, 28; 5:1).

La caída

La conclusión de que Eva fue la única responsable por la caída es falsa y a la vez un engaño. Pablo escribió “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12). Y dijo “Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva” (2 Corintios 11:3). Hay bastantes culpas por repartir. Ambos fueron individuos creados a imagen de Dios y de igual manera responsables por sus decisiones ante Él. Como conspiradores de la rebelión, Adán y Eva desobedecieron voluntariamente.

El resultado fue un cambio radical en la relación entre sí y con Dios. Con respecto a la relación con Dios, el templo resplandeciente y luminoso que yacía en sus almas se tornó oscuro, y Satanás se movió hacia las tinieblas. Como producto de ello, ambos sufrieron una muerte espiritual en dicho momento. Como consecuencia de tal situación, sintieron vergüenza y trataron de esconderse de Dios. Con lo que respecta a cada uno de ellos, la oscuridad invadió y cambió las relaciones mutuas. Muchos siglos después, el apóstol Pablo describe la condición de la humanidad y su relación con Dios así “cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1, RVR1995).

Como resultado a la rebelión, un nuevo estilo de vida se hizo presente. Este nuevo comienzo puede ser descrito solamente con la palabra, *caída*. Cayeron del paraíso que les rodeaba, y del que estaba dentro de ellos. Dicha pérdida trágica del favor de Dios incluyó experiencias nefastas, a saber: el dolor multiplicado en el parto, deseos insatisfechos, reglas (o dominio), sudor y espinos. Adán ahora tendría que ganarse su sustento con el sudor de su frente, y vencer espinos y cardos como él lo hizo. Toda la naturaleza sufrió el impacto del pecado: “maldita será la tierra por tu causa” (Génesis 3:17). Dios le dijo a Eva, “con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”. Obligados también a dejar el jardín del Edén sin esperanza alguna de volver.

Muchos han leído Génesis 3:1-19 como el decreto único de Dios; su condena sobre el pecado. Puede ser visto, sin embargo, como la maldición y como una profecía del nuevo estilo de vida que necesariamente evoluciona como resultado a su libre albedrío. Génesis 3, narra y describe la nueva vida de dolor acelerado, sudor, espinos, cardos, deseos insatisfechos, y la declaración ominosa, “y él se enseñoreará de ti” – el dominio masculino (Génesis 3:1-19).

Esta nueva norma, sin embargo, no es en absoluto el ideal de Dios. La norma divina se revela en la relación que ellos tenían antes de la caída.

La joya de la corona de la creación de Dios ha pasado a ser su enemigo, con toda la hostilidad, el odio, antipatía, y la mala voluntad que resulta al elegir el camino de la enemistad en contra de Dios (Santiago 4:4 RVR1995). En última instancia, la maldición del pecado conllevó también a su muerte física.

La revelación de la gracia

Al predecir lo que sería la vida después de la caída, Dios también dio la primera revelación de la gracia magnánima de su corazón; fuente inagotable (ver Génesis 41:49 y Efesios 2:4). Sí, Eva ejerció su libre albedrío y se rebeló primero. Pero cierto día, una mujer sería escogida por Dios para dar a luz al Redentor que “quita el pecado del mundo” (Juan 1:29, 36).

Una joven campesina, temerosa de Dios, llamada Maria, por un milagro del Espíritu Santo, entregó el niño Jesús a la familia humana en el silencio de una noche en Belén. Desde su nacimiento, la “serpiente antigua, que se llama Diablo” (Apocalipsis 12:9, RVR1995) intentó destruirle. Satanás tuvo éxito en la confusión del “postrer Adán” (1 Corintios 15:45), pero no triunfó sobre él. Por el contrario, en el Calvario, el Mesías le aplastó la cabeza a la serpiente (Génesis 3:15).

La era del Antiguo Testamento

La condición de la mujer en la era del jardín del Edén al jardín de la tumba vacía de Jesús, es en gran parte una historia de mujeres menospreciadas, abusadas, y maltratadas (Génesis 2:8-15; Juan 19:41). La profecía dada a Eva en el Edén se hizo realidad en la vida de todas las mujeres.

Lo que siguió fue un mundo en el cual los hombres eran dominantes y las mujeres tenían tan solo algunos derechos. “Él se enseñoreará de ti” el dominio masculino, nunca ha sido el ideal divino, pero se hizo en gran manera la norma de las culturas antiguas. También es la norma en muchas sapiencias contemporáneas.

El Antiguo Testamento contiene excepciones notables que proporcionan ejemplos del plan divino de Dios de igualdad ante Él. Las historias de mujeres como Débora, Jael, Abigail, Hulda y Ester, iluminan la época.

El Ministerio de Jesús

Estados y exenciones de la mujer

Las mujeres fueron severamente limitadas por la ley y las costumbres judías en la antigua Israel de la estancia de Jesús. Lo mismo ocurrió en otras culturas de la época. El estándar estaba lejos de la reciprocidad e igualdad de la Deidad de Dios, así como también la igualdad común entre Adán y Eva en el jardín del Edén antes de la caída. En términos generales, las mujeres:

- Estaban restringidas a desempeñar roles de poca o ninguna clase de autoridad y se creía que eran conspiradoras. El carácter de Rebeca y su relación con su padre, Labán, son ilustración clara de lo dicho (ver Génesis 24-27).
- Eran confinadas a la casa de sus padres o al hogar. Raramente podían salir o hablar con extraños. Cuando salían de sus casas, era indispensable que estuviesen cubiertas.
- Consideradas inferiores a los hombres y bajo su autoridad, antes del matrimonio ante su padre y después de este ante su esposo.
- En el siglo primero en Israel, no se le permitía dar testimonio en la corte. Su estatus legal era poco mejor que la de los esclavos.

- La tradición judía de la época no permitía que tuviesen educación en las escuelas rabínicas. El rabino Eliezer escribió durante el siglo primero: "Las palabras de la Torá deberían ser quemadas antes de ser puestas en manos de las mujeres...cualquiera que enseñare a su hija la Torá es como si enseñare su obscenidad". (Rabino Eliezer, "*Mishná,*" *Sotah 3:4*)

La situación de inferioridad de la mujer en la sociedad en el primer pacto, fue definida en las Escrituras del Antiguo Testamento. Fue entonces interpretada y ejecutada según los prejuicios de los fariseos, saduceos y esenios.

Costumbres sociales

"Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley" (Gálatas 4:4). Una de las áreas del Ministerio de Jesús, que rápidamente le marcaron como revolucionario fueron las costumbres sociales.

- Jesús hablaba con las mujeres, así como lo hizo con la samaritana, y les enseñaba, así como lo hizo con María, la hermana de Lázaro. Obviamente, cada una de estas mujeres tenía ansias de aprender (Lucas 10:38-42).
- Jesús no se sentía obligado por las costumbres judías que definían la inmundicia. Un ejemplo claro, es cuando Él sana a la mujer con flujo de sangre (Mateo 9:20-22).
- Jesús desafió valientemente las costumbres del día cuando curó a una mujer que andaba encorvada durante 18 años (Lucas 13:10-17). También la llamó "hija de Abraham" lo que implicaba que ella tenía los mismos derechos que los hijos de Abraham.
- Jesús predicó un mensaje urgente de arrepentimiento que resultó en un Nuevo Nacimiento (Juan 3). También descrito en Juan 4 como "agua viva", se aplica de la misma manera tanto para hombres como para mujeres. En Juan 4, Jesús ministró de manera intencional a la mujer en el pozo de Samaria. Él le habló abiertamente, violando las costumbres sociales. Ella fue aislada y deshonrada por la comunidad debido a su estilo de vida. Sin embargo, después de experimentar la gracia de Dios a través de Jesús, esta mujer comenzó a ministrar el evangelio a su comunidad (Juan 4:25 RVR1995).

Mujeres en el Ministerio de Jesús

Teniendo en cuenta lo que se revela acerca de las interrelaciones de unidad e igualdad en La Trinidad, parece natural que Jesús trajese mujeres al equipo de su ministerio. Ellas viajaron junto con Él, le sirvieron y ayudaban con los bienes de los discípulos (Lucas 8:1-3). En la cultura del siglo I de Israel, eso era bastante inusual.

Las mujeres siempre han sido especialmente atraídas hacia Jesús. Algunas de las razones son evidentes. Espiritual y físicamente, Jesús era fuerte y sabio, sobradamente fuerte como para no tener en cuenta la cultura y aceptar a la mujer, adecuadamente sabio como para redimirlas, bendecirlas con vida eterna y darles la oportunidad de servir. Él también fue lo suficientemente duro como para saber cómo manejar las consecuencias negativas que tales conllevaban.

Las mujeres no tenían ningún sentimiento de inferioridad en la presencia de Jesús, no eran objetos sexuales para el Señor. Jesús no quería sus cuerpos; él las quería en su totalidad, sus corazones, lo que significaba que estaban a salvo. Sus dones y habilidades únicas podrían florecer en torno a Jesús. En vez de ponerlas en lugar de ellos, como lo hacían libremente los fariseos, Jesús las elevó, lo que les dio sentido de verdadera importancia y autoestima.

No debería sorprendernos la actitud de Jesús frente a la mujer. No existe sentido alguno de inferioridad o prejuicio en La Trinidad; por lo tanto, Jesús las trataba con respeto, el mismo respeto que Dios le demostró a Adán y Eva en el jardín. La mujer sintió aceptación en la presencia de Jesús.

Este conocimiento también ayuda a explicar por qué Lucas nombra a algunas de estas mujeres: Maria Magdalena, Maria la madre de Jacobo y José, Juana mujer de Cusa, intendente de Herodes, Susana, Salome, la madre de los hijos de Zebedeo y “muchas otras”, en el capítulo 8 (Lucas 8:1; Marcos 15:40).

Muchas mujeres estuvieron presentes cuando Jesús fue crucificado y “mirando de lejos” (Mateo 27:55; Juan 19:25). Maria la madre de Jesús es identificada, junto con Maria Magdalena, Maria la madre de Jacobo y José, y la madre de los hijos de Zebedeo (Lucas 2:35).

En la mañana de la resurrección, según el evangelio de Marcos, Maria Magdalena, Maria la madre de Jacobo, y Salomé visitaron la tumba con especias aromáticas (Marcos 16:1). Pero Jesús seleccionó solamente a Maria Magdalena y la envió a sus discípulos para declarar el hecho de su resurrección corporal. Aunque Maria Magdalena no podía dar testimonio en una corte judía, Jesús vio su potencial y sabía de su honestidad. Él depositó su confianza en aquella mujer de quien había echado siete demonios (Marcos 16:9; Lucas 8:3). También le dio un lugar especial con su nombre grabado en la historia de la salvación.

Mujeres en la iglesia apostólica

El don del Espíritu Santo

La iglesia nació cincuenta días después de la resurrección del Señor, en el día del Pentecostés. La ocasión fue marcada por el regalo del Padre Celestial, el Espíritu Santo, el cual Jesús pidió (Juan 14:16-17, 26). En su sermón de Pentecostés, el apóstol Pedro explicó lo que sucedía y afirmó que lo que el profeta Joel había escrito era realmente la Palabra de Dios:

" En los postreros días —dice Dios—, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán" (Hechos 2:17-18; Joel 2:28-29).

Cada miembro de la unidad trinitaria de Dios participó en el nacimiento de la iglesia: Jesús le pidió al Padre Celestial y el Padre Dios dio el Espíritu Santo. Era totalmente en el carácter de Dios que el don del Espíritu Santo fuese recibido por hombres y mujeres por igual, incluyendo jóvenes y ancianos. En el corazón de Dios no existen prejuicios de género.

El apóstol Pablo expresó aquel principio cuando predicó en la casa de Cornelio, diciendo años más tarde, “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas” (Hechos

10:34; ver también Romanos 2:11; Efesios 6:9; Colosenses 3:25; James 2:1; 1 Pedro 1:17; 2 Peter 3:11).

El apóstol Pablo también habló con denuedo a esto en una declaración simple, poderosa y muy fácil de entender. Cuando una persona está “revestida de Cristo”, dijo Pablo, vivirá un estilo de vida en el cual “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:27-28). Este es el clásico pensamiento Trinitario que expresa de forma concisa el Corazón de Dios, y enmarca el ideal divino de la iglesia que Jesús encabeza.

Concluimos, por lo tanto, que el Espíritu Santo mora y empodera el ministerio de la mujer así como lo hace con el hombre. Cualquier cosa menos, está catalogada fuera del carácter con la sumisión mutua que fluye de la unidad- tres en uno- e igualdad en La Trinidad.

Las casas como iglesia

Algunos de los lugares más antiguos en donde los creyentes se reunían eran las casas, y las mujeres jugaban un papel muy importante al abrir las puertas de estas. La madre de Marcos ofreció su casa como lugar de adoración (Hechos 12:12). Lidia, en Filipos, hizo lo mismo (Hechos 16:14-15, 40). Ninfas, que vivía en Colosas, ofreció su casa para que en ella se hiciera una iglesia (Colosenses 4:15). Cuando Pablo escribió su primera carta a la iglesia en Corinto, dijo que él había recibido su información sobre las visiones en la iglesia “porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé” (1 Corintios 1:11). Pablo escribió que Aquila y Priscila lideraron una casa iglesia, y dijo que “expusieron su vida” para salvarlo (Romanos 16:4-5).

Dones espirituales

El principio de unidad e igualdad en el corazón de Dios, anclado en el amor ágape y sumisión mutua, también aplica para los dones espirituales.

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11-12, RVR1995).

El Nuevo Testamento identifica a mujeres que se desempeñaron como profetas—Anna (Lucas 2:38) y las hijas de Felipe (Hechos 21:8); como evangelistas—la mujer samaritana (Juan 4); como pastoras y educadoras—Priscila (Hechos 18), Lidia (Hechos 16), Eunice (2 Timoteo 1); y como diaconisas—Febe (Romanos 16:1). También existe evidencia que Junias tuvo unción apostólica.

El apóstol Pablo menciona muchas más mujeres que sirvieron en el ministerio de la iglesia incluyendo Trifena, Trifosa, Pérsida, Julia y la madre de Rufo (Romanos 16).

Pasajes culturales

Este estudio comienza en La Trinidad, revelando la igualdad y unidad de la Deidad establecida en el *amor ágape* y expresado en mutua sumisión en el rol de las relaciones. Se trata de una comprensión de la Escritura que caracteriza a todas las interrelaciones de la Deidad. La igualdad y la unidad también encontraron expresión en la mutua sumisión que

conllevó el matrimonio de Adán y Eva en el jardín del Edén antes de la caída. Juntos, se hallaban viviendo y experimentando el ideal divino.

Cuando el pecado entró al mundo, la igualdad en medio de la unidad se perdió, y la culpa cayó en gran medida, aunque de manera injusta, sobre Eva y aquellas mujeres que nacieron después de ella. Así comenzó la era de la subyugación de la mujer, o el dominio masculino. Pero Dios prometió un Redentor.

- Jesús de Nazaret es el Salvador, y una mujer fue la que le trajo al mundo (Gálatas 4:4).
- Jesús fue imparcial y no mostró prejuicio durante su ministerio, mientras que buscaba alcanzar tanto a hombres como a mujeres.
- La “hija de Abraham” era como su propia hija (Lucas 13:10-17).
- La primera persona en beber el agua viva del Nuevo Nacimiento fue una mujer (Juan 4).
- Las mujeres viajaron con el Señor y ayudaban con los bienes de Jesús y sus discípulos (Lucas 8:1-3).
- Una mujer fue la primera persona en anunciarle a los discípulos sobre la resurrección corporal de Jesús (Marcos 16).
- El don del Espíritu Santo fue prometido de la misma manera a hombres y mujeres (Hechos 2:17-18; Joel 2:28-29).
- Pedro predicó que Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34; ver también Romanos 2:11; Efesios 6:9; Colosenses 3:25; Santiago 2:1; 1 Pedro 1:17; 2 Pedro 3:11).
- Una mujer fue la primera convertida de Pablo en Europa (Hechos 16:14).

Los dones del Espíritu Santo son dados de manera soberana, como elija el Espíritu Santo, tanto a hombres como a mujeres, incluyendo los cinco equipados del liderazgo (Efesios 4:11-13), la manifestación de los dones (1 Corintios 12:8-10), y los dones del cuerpo del ministerio (Romanos 12:3-8; 1 Pedro 4:10-11).

Con Dios, Pablo predicó “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”.

La enseñanza general de Pablo con respecto a la mujer es liberación y expansión, aunque también escribió lenguaje restrictivo. Trató el asunto en su primer epístola a Timoteo, con la congregación presente en Éfeso (Hechos 18 y 19). El apóstol Pedro también ofreció algunas de las mismas restricciones.

A cada una de las iglesias de la era, Pablo escribió, congregación cristiana infantil rodeada de toda la idolatría y paganismo de la cultura griega. Éfeso, por ejemplo, contaba con un magnífico templo que era parte de una de las siete maravillas del mundo antiguo. Era la capital mundial del decadente culto a Diana. Ella era vista como la diosa universal de la fertilidad. También reconocida como la diosa de la luna y la caza. La cultura griega, dentro de su decadencia enseñó y practicó que la prostitución en el templo en culto a Diana mejoraba la fertilidad, por ejemplo, trayendo bendiciones a las familias, así como también campos y cultivos.

Las prédicas de Pablo trajeron bastantes nuevos creyentes a Cristo en Éfeso (ver Hechos 18 y 19). Obviamente, Pablo quería anclarlos a los principios básicos de la fe en Jesucristo, como se revela en la resurrección triunfal del Señor de entre los muertos. El fundamento del evangelio “permanece firme”, Pablo lo enseñó (2 Timoteo 2:19, RVR1995). El relato de Lucas

sobre los dos años de ministerio de Pablo en Éfeso lo deja claro, sin embargo, los demonios del culto a Diana no se rindieron fácilmente.

Mientras Pablo predicaba el evangelio en Éfeso, el nuevo mensaje de Jesucristo encontró un gran número de seguidores hambrientos de conocimiento. Cuando el apóstol Pablo les contó acerca de la muerte sacrificial y resurrección de Jesucristo, ellos aceptaron el mensaje del amor de Dios, incluyendo la fidelidad establecida en el matrimonio. Edward Gibbon, autor de *'The Decline and Fall of the Roman Empire'*, escribió que “la fidelidad marital en el imperio romano era virtualmente desconocida”, y que “la dignidad del matrimonio fue restaurada por los cristianos”². Estos nuevos creyentes aún continuaban aprendiendo lo que significaba, como cristianos, dejar de lado la inmoralidad del templo de Diana y el vivir en pureza total.

Por lo tanto, era esencial, para Pablo distinguir cual era el fundamento en el mensaje del evangelio. Solo entonces, él podría identificar lo que era cultural y lo que no tenía fundamento. Pablo contaba con la capacidad total de identificar tales diferencias. Sabía que “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres” (Romanos 14:17-18, Lucas 17:20-21). A continuación se muestra cuán capaz fue Pablo al sentar las bases del evangelio, y al mismo tiempo manejar la cultura que rodeaba las iglesias en surgimiento:

“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar al mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la Ley (aunque yo no esté sujeto a la Ley) como sujeto a la Ley, para ganar a los que están sujetos a la Ley; a los que están sin Ley, como si yo estuviera sin Ley (aunque yo no estoy sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin Ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él” (1 Corintios 9:19-23).

Con dichos antecedentes, podemos comenzar a entender los siguientes pasajes:

1 Timoteo 2:9-15: “Asimismo, que las mujeres se atavien de ropa decorosa, con pudor y modestia: no con peinado ostentoso, ni oro ni perlas ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que practican la piedad. La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio, pues Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permanece en fe, amor y santificación, con modestia” (ver también Tito 2:4-5).

Tito 2:3-5: “Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte. Que no sean calumniadoras ni esclavas del vino, sino maestras del bien. Que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (RVR1995).

1 Corintios 11:4-16: “Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza, porque es lo mismo que si se hubiera rapado. Si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso a la mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra. El varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es a imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón... a la mujer dejarse crecer el cabello le es honroso. Con todo, si alguno quiere discutir, sepa que ni nosotros ni las iglesias de Dios tenemos tal costumbre”.

Entonces, este, es el lenguaje de los apóstoles quienes entendieron la cultura y las costumbres que esta conllevaba. De la misma forma, ellos sabían de lo que se trataba el mensaje de Jesucristo, y el gran poder del Espíritu Santo para poner en marcha nuevos comienzos en la vida de las personas. Sin duda, Pablo quiso romper la influencia demoniaca y controladora de las “sacerdotisas” en el templo de Diana y liderar a la iglesia y sus familias hacia la fidelidad que describe el corazón de Dios.

Para lograr esto en la vida de los efesios, Pablo sabía que la nueva congregación debía distanciarse de sus costumbres, vestimentas y prácticas del culto a Diana. Lo que quería decir que Pablo debía limitar el rol de la mujer en los entornos donde la adoración a Diana era muy dominante, y especialmente en la naciente iglesia en Éfeso, la ciudad natal de culto a Diana.

Pablo reunió dicha necesidad junto con su lista que incluía cabello trenzado, joyas de oro, perlas, vestiduras costosas, cobertizos para la cabeza, y cabellos largos para la mujer. También explica la instrucción de Pablo a Timoteo: “No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio” (1 Timoteo 2:12-13).

En cuanto a la medida cautelar contra de las mujeres que enseñan a los hombres, dos ejemplos marcaron el punto exacto de que esto también era una orden cultural. Primero, cualquier interpretación de dicha amonestación debe hacer referencia a lo que Pablo le escribió a Timoteo con respecto a ciertos asuntos de la iglesia en Éfeso. Priscila, una mujer, y la personalidad más fuerte de su matrimonio con Aquila, tomó el liderazgo en las enseñanzas a los apolos “con más exactitud el camino de Dios”. Lo hizo *en Éfeso* donde la iglesia se reunía en su casa (Hechos 18:26; Romanos 16:4-5). Así que la amonestación en 1 Timoteo 2 no fue un mandato divino de la unión de la iglesia del Señor en todas las generaciones alrededor del mundo, sino una adaptación a un entorno cultural.

Conclusión

El ideal divino permanece hasta nuestros días. La igualdad y la unidad en el rol de las relaciones, es el estándar para todas las generaciones. Dicho modelo expresado primeramente en La Trinidad, y luego en el jardín del Edén, también se ejemplifica en el Nuevo Testamento a través de la vida de Jesús y la iglesia primitiva.

El reto de alcanzar esta generación por medio del evangelio, es tan maravilloso que los dones que el Espíritu Santo les da a los creyentes es lo necesario en el servicio dentro del reino; nadie, hombre o mujer, debe ser restringido.

Con base en los fundamentos bíblicos y teológicos, la IPHC afirma el rol de la mujer en todas las áreas del ministerio, incluyendo a nivel de conferencia y de denominación, así como también en el ministerio pastoral.

NOTAS FINALES

¹ [Manual de la IPHC 2009 – 2013, pág. 39] Las referencias de las Escrituras en este documento provienen de la versión de la Reina-Valera (RVR1995), a menos que se indique lo contrario.

² Edward Gibbon. History of the Decline and Fall of the Roman Empire. Vol. 1, (London. 1898, pág. 313, nota 40; también pág. 478).

REFERENCIAS PARA ESTUDIO ADICIONAL

Clouse, Bonnidell y Clouse, Robert G., Editores. Women in Ministry: Four Views. Intervarsity Press: Downers Grove, Illinois, 1989.

Elbert, Paul. Pastoral Letter to Theo: An Introduction to Interpretation and Women's Ministries. Wipf & Stock Publisher, Eugene, Oregon, 2008.

Grady, J. Lee. 25 Tough Questions about Women and the Church. Charisma House: Lake Mary, Florida, 2003.

_____. Ten Lies the Church Tells Women. Charisma Media: Lake Mary, Florida, 2006.

Johnson, Alan F., Editor. How I Changed My Mind About Women in Leadership. Zondervan: Grand Rapids, Michigan, 2010.

Lockyer, Herbert. All the Women of the Bible. Zondervan: Grand Rapids, Michigan, 1988.

Deen, Edith. All the Women of the Bible. HarperOne: New York City, New York, 1988.